La experiencia no le desengaña; irritado por lo mismo que debiera detenerle, quando mas cerca se vé del precipicio, se empuja con mas fuerza para acabar de despeñarse. Una vislumbre de lejana esperanza le seduce, y esta ilusion que nunca le abandona, tiene tan eficaz actividad, que á pesar de los freqüentes desengaños de la suerte, y enmedio de las continuas quejas, con que acusa su inhumana esquivez, vuelve á fiarse en ella, y confia de nuevo á su capricho los últimos recursos de su substancia. En fin parece que no le queda instinto sino para perderse, y que esta funesta pasion mas exclusiva de los placeres delicados que qualquier otra, mas incorregible y sorda á los consejos de la razon que la embriaguez, llega por fin á embrutecerle. Por eso de ordinario no acaba ella sino con la vida, ó por un extraordinario impulso de la gracia.

Este fué el indigno recurso que tomé para socorrer las necesidades que nacian de mis desordenes, y no hizo mas que aumentar mis males. Pues quando me favorecia la fortuna, gastaba fácilmente en el fomento de mis vicios lo que tan fácilmente ganaba; y quando sufria pérdidas considerables, me era preciso apurar los arbitrios mas injustos para cumplir con el falso honor del mundo, que siempre contradictorio en sus principios no desprecia al que no paga sus mas sagradas deudas, y desprecia al que no paga las del juego. Así para no merecer este desprecio, y para no perder tambien los medios de jugar, me era como preciso faltar á todas mis obligaciones, apurar todos los medios de fraude y de mala fe, vender mis posesiones, mis alhajas, y hasta los diamantes de mi buena muger.

Todo esto con ser tan odioso, no fuera tanto, si se hubiera quedado aquí; ¿pero cómo no llegar por el camino del vicio al abismo del deshonor? ¿Qué probidad, qué delicadeza se puede esperar de un miserable, que no jugando sino para ganar, espera que sin ser descubierto, puede forzar la suerte á que le sea favorable? Yo sé que hay grandes jugadores, y he conocido algunos, que se jactaban y tenian la reputacion de ser exâctos y escrupulosos en el juego. Ellos lo decian; ¿pero quién puede atreverse á asegurarlo? Lo que yo puedo decir es, que este hombre seria un fenómeno muy extraordinario y casi incomprehensible, ó un prodigio mas inexplicable que todos los prodigios.

Porque ¿quién me podrá persuadir, que un hombre que no teme á Dios, pues se abandona con exceso á tan detestable vicio; que olvida los mas comunes preceptos de la Religion, que tiene tan poca conciencia, que no paga las deudas mas legítimas de sus criados, mercaderes y obreros; que descuida de todas las obligaciones domésticas; que posterga la educacion de sus hijos; que menosprecia todos los respetos de la sociedad estimable, y que en fin á su propia muger y á su familia trata con injusticia, escasez y tiranía, quién, digo, me podrá persuadir, que este mismo hombre tan iniqüo con todos, y que tanto atropella quantos sagrados respetos le imponen el Cielo y la tierra, sea únicamente escrupuloso, exâcto y delicado en el punto que interesa mas á su pasion desenfrenada, y con otro hombre que le disputa su dinero con una codicia igual á la suya?

Yo digo que seria menester una virtud consumada para resistir á una tentacion tan urgente, como la de hallarse cargado de deudas, acosado por acreedores activos, y verse en la miseria sin medios de atender á otras obligaciones de su honor, y en peligro hasta de que le falten los de satisfacer esta pasion que le domina; hallarse, digo, en estas ó semejantes circunstancias, poder con un golpe de mala fe, en que espera no ser comprometido, reparar tantos daños, desquitarse y hacerse rico de repente, y con todo eso saber contenerse y tener bastante fuerza para no hacer una cosa tan á la mano y tan ventajosa, por no faltar á la probidad y á la justicia, seria este un acto de virtud que no puede esperarse de aquel que en todo lo demas no muestra ninguna.

Vuelvo á decir que el hombre de la mas exercitada y escrupulosa integridad que se hallase en las indicadas circunstancias, para no ceder á la violencia de la tentacion necesitaria de mucha reflexîon, de grande esfuerzo, y que esta exâcta probidad seria la prueba y el fruto de su heroyca virtud. ¡Y qué! ¿podré yo creer que actos tan dificiles, y que necesitan de tanto valor, los hace continuamente el que vive con la mayor relaxacion? No, amigo, esto no es dado á la naturaleza humana, no puede caber en hombres que en todo lo demas son corrompidos. Es imposible conciliar tan dificil y severa probidad con la prevaricacion pública de sus costumbres.

Yo ignoro si ha exîstido jamas un monstruo tan contradictorio; pero sé que jamas he creido á los que se jactan de serlo, y ciertamente no lo era yo. Esta infernal pasion me arrastró, como á los demas, á todos los vicios que produce, y fuera de lo injusto que me hizo con todo lo que me rodeaba, degradó mi corazon hasta las baxezas mas indignas: yo disputaba los derechos mas equívocos, me apropiaba todos los descuidos de los otros, y procuraba aun corregir la adversidad de la suerte por medios que enseña la iniquidad y reprueba el honor. ¡Ó quánto me baldona ahora mi propia conciencia! ¡quántos cargos irreparables! ¡quántas restituciones imposibles! ¡Ó quánta era la ceguedad de mi corazon, pues á cada instante me aventuraba á perder lo que el mundo llama honor, y me exponia á lavar mi afrenta con la sangre agena!

Ved aquí una parte de los efectos que produce esta loca y desatinada fantasía del orgullo, que quiere proporcionar el luxo de las casas á la medida de sus rentas. ¡Quántos jóvenes de buen corazon se han perdido por este error! Y yo mismo á pesar de mi natural perversidad, si me hubieran establecido sobre un pie de moderacion que me hubiera permitido satisfacer otros gustos tolerados en la sociedad, no hubiera quizá llegado á tanto exceso, ó no hubiera empezado tan temprano.

¡Qué vista, Teodoro, la de esta vida, que tú y yo con otros muchos hemos pasado entre los horrores del juego, y otros gastos inmensos de nuestros muchos vicios! Quando me acuerdo de los grandes caudales que hemos derramado en una pompa frívola y despreciable, y en tantos banquetes y festines, que dexan tan poca satisfaccion, y solo sirven de contentar la vanidad, y en fin de los locos gastos que haciamos, ó en el desbarro

de un juego insensato, ó en el precio de placeres inmundos, me estremezco de horror.

Pero quando hago reflexîon que de tantos gastos que me proporcionaban entónces tan pocos gustos, no me quedan ahora sino remordimientos, quando considero que con ellos hubiera podido socorrer á muchos míserables, consolar á millares de infelices, y dexar establecimientos útiles y benéficos, una justa indignacion se apodera de mi alma, me aborrezco á mí mismo, y me desprecio como el mas abominable monstruo de la tierra.

Que el Cielo, que se ha dignado de iluminar mi ceguedad, extienda á tí, Teodoro mio, sus benéficas y paternales luces. Tú tendrás la ventaja de abrir los ojos mas temprano que yo. Me parece imposible que una alma tan noble y sensible como es la tuya, no sienta la fuerza de estas cartas, y no se dexe arrastrar de las amables ideas que contienen. ¡Ay, amigo! abandonemos los errores que nos han cegado, huyamos de esas Ciudades que nos han corrompido, busquemos en la simplicidad de los campos, en el exercicio de la beneficencia, y en la práctica de todas las virtudes la paz y el consuelo, que no nos han dado el mundo y sus placeres. Pido al Cielo que estas cartas hagan en tu corazon el mismo efecto que en el mio, y que determinen á Mariano á venir quanto ántes á realizar en mi compañía imágenes tan dulces. ¿Pero por qué no me respondes? Me parece que tu respuesta tarda demasiado. Amigo, no me dilates noticias que aguardo con impaciencia, y que tanto han de contribuir á mi felicidad. Á Dios, Teodoro mio.

CARTA XXXV.

El Filósofo á Teodoro.

Teodoro mio: ¡Qué alegría, qué consuelo, qué felicidad! Dios derrama á manos llenas sobre mí sus misericordias. Apénas remití al correo mi última carta, quando un criado con paso presuroso vino á avisarme, que Mariano habia llegado, y que iba á entrar. ¡Mariano! grito yo, ¡Mariano! Apénas podia creer á mis propios oidos, y sin detenerme corro precipitado á recibirle.

Discurre, amigo, quál seria el movimiento de mi corazon, quando le vi en la antesala. El gozo me transportó de modo, que me quitó la voz para poderle hablar. Mis brazos fuéron mas veloces que mi lengua, y arrojándome entre los suyos, estreché con el corazon á este amigo tan deseado, á este amigo que me envia el Cielo, y que recibo de su mano. El hervor de mi sangre era tan impetuoso que no hubiera podido sostener su violencia, si la naturaleza no me hubiera socorrido, desahogándome con un diluvio de lágrimas. Sí, Teodoro, yo inundaba con mi llanto las venerables mexillas de este amigo de Dios, que va á serlo mio. Su alma sensible se enterneció tambien, viendo la expresion de mi alborozada gratitud, y experimenté un placer indecible, quando sentí caian sobre mi rostro algunas gotas de sus llorosos ojos.

Largo tiempo duró esta comunicacion recíproca de